

XI. Piadoso ejercicio del Via-Crucis

Ofrecimiento

Aquí vengo, Jesús mío, a recorrer contigo tu camino doloroso. Es tan provechoso para mi alma el recuerdo de tus dolores, que no quiero olvidarlos un momento. ¡Déjame, Jesús mío, acompañarte! ¡Déjame seguirte!

Quiero sorprender en cada paso un rasgo de tu amor, para saber cómo debo amarte. Quiero recoger amorosamente tus sudores, tus esfuerzos, tus quejidos, tus lágrimas, para guardarlos en mi corazón, como en un relicario, y recordarlos con frecuencia y vivirlos.

Quiero asistir a tu muerte, para aprender a dar mi vida por Ti. Quiero ver cómo llevas tu cruz, para aprender a llevar la mía; y, quiero ver, sobre todo, qué es amar DE VERDAD, para DE VERDAD corresponderte.

Deseo también, Señor, ganar las indulgencias concedidas a este santo ejercicio.

Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

1ª ESTACIÓN

Jesús condenado a muerte.

Adorámote, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

¡Oh Jesús mío! ¡Cómo me apena pensar que Tú, Bondad infinita, ¡estás condenado a muerte ante un tribunal de hombres miserables!

¡Más me apena aún pensar que, después de tantos años y siglos de redención, sigues siendo el perpetuo Condenado de los hombres!

Yo, Jesús mío, alma elegida por Ti, quisiera consolarte, asegurándote que el mundo con sus miserias, sus pompas y sus pecados, está también condenado en mi corazón, en la misma forma que Tú lo estuviste por él.

Acepta, Jesús mío, el trono de mi alma en compensación del crimen de los hombres, y dame valor para seguir, como Tú, todo el camino de dolor y sufrimiento hasta el Calvario.

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

2ª ESTACIÓN

Jesús cargado con la cruz

Adorámote, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús mío: ¡ya ponen sobre tus hombros la enorme y pesada cruz que labraron mis pecados!... Y Tú la recibes con cariño y te abrazas a ella, cual si fueras el más precioso regalo.

Enséñame, Jesús, a abrazarme con la mía, con paz y gozo: que yo no proteste, cuando me dejes sentir su peso. Que no me queje, cuando tenga que sacrificarme en aras de mis promesas y de mi consagración. Que no deje caer, sobre tus hombros doloridos, mi cruz sobre la tuya, arrancándote quejidos de dolor... Que sepa, con mi fidelidad aliviar un poco el peso ingente de la tuya. Que no me olvide nunca de que, en mi escudo de aliada, campea una cruz. «La cruz de mi sacrificio, de mi inmolación, de mi crucifixión contigo y por Ti».

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

3ª ESTACIÓN

Jesús cae la primera vez

Adorámote, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús mío: ¡el peso de nuestros pecados rinde tu cuerpo extenuado, haciéndote caer hasta dar con tu rostro en el suelo!

Mis caídas, Jesús, dieron contigo en tierra. Tú, sin embargo, te levantas, porque aún te queda un duro camino que recorrer hasta terminar tu obra.

¡Déjame, Jesús mío, acercarme a Ti, para que te ayude a levantarte, con la promesa de mi fidelidad a tus gracias!

¡Déjame prometerte, con tu ayuda, no caer más, o, al menos, levantarme pronto!

¡Déjame que te pida que salgas tú de debajo de esa cruz y que yo me ponga en tu lugar, que Tú no debes estar tendida en tierra y con un madero encima! ¡Así debo estar yo!

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

4ª ESTACIÓN

Encuentro de Jesús y María

Adorámote, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

¡Jesús mío! ¡Madre mía! Os veo a los dos y no sé a quién acudir... ¡Es tanto lo que sufren esos dos corazones!

¿Por qué saliste, María, al encuentro de tu Hijo, ¿para martirio de los dos? Pero, sí, que allí estaba tu deber, y tú no podías desertar de él.

¿Quieres, Madre, ¿enseñarme algo de lo que sufriste entonces? Pero ¡que audacia, qué inusitada osadía llamarte Madre! ¿Tú sabes quién fue el que puso así a tu Hijo; así según está, ¿tan escupido, tan dolorido, tan cargado, tan maltrecho, tan cansado? ¡Fui yo, Madre! Ten compasión de mí y piensa que ese título me da derecho a acudir a Ti, y me da la seguridad de ser atendida y perdonada.

¿Quieres dejarme, Madre, que, ya que no me dejan acercarme a Jesús, te acompañe y lleguemos las dos juntas hasta el Gólgota, ¿para estar contigo hasta el momento supremo...?

¡Quiero aprender a sufrir como Tú sufres, para aprender a amar como Tú amas!

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

5ª ESTACIÓN

El Cirineo le ayuda a llevar la Cruz

Adorámote, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

¡Cómo estarías, Señor, que llegaste a inspirar compasión hasta a aquellos hombres crueles y sin corazón!

Pero ese puesto del Cirineo es el mío, porque mucho del peso de tu cruz lo he agravado yo, y, ¿qué menos podría hacer?

Pero, además, no olvides que, si ese puesto era odioso para ellos, para nosotras es el puesto de honor. Tú has dicho, que no es el discípulo de mejor condición que el Maestro; pues yo, tu discípula, tu elegida, te reclamo mi puesto junto a Ti, para ayudarte a llevar la Cruz.

Ten presente, Señor, que hemos venido al mundo las aliadas para resarcirte, con nuestra pureza, sacrificio y amor, de los pecados del mundo; ese es nuestro papel de cirineos.

¡Haz, Señor, que acertemos a cumplirlo!

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

6ª ESTACIÓN

La Verónica limpia el divino rostro.

Adorámote, Cristo, y bendecímoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

¿Quién, sino la inmundicia que afeaba tu divino rostro, Jesús mío, fue la que movió a esta santa mujer a limpiarlo? Y tu rostro ¡quedó estampado en el lienzo bendito con que te enjugó!

¡Jesús mío!, hemos venido nosotras al mundo, para, con nuestra limpieza de alma y cuerpo, recrear tu corazón asqueado, de las inmundicias del mundo. Deseamos ser las compasivas y amantes verónicas, que venimos a enjugar tu rostro de los sucios salivazos de la impureza, y a ponernos delante de Ti, para que no veas más que blancura.

¿Quieres, Señor, en compensación, delinear y grabar en nuestra alma, ya blanca, ¿tu santa y arrebatadora imagen? ¿Qué mejor premio podíamos desear que tenerte a Ti por amor, grabado en nuestra alma?

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

7ª ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez.

Adorámote, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

¡Otra nueva caída, Señor! ¡Lo extraño es que no caigas más veces! Pesan mucho los crímenes del mundo, para que tu cuerpo, ya débil y sin fuerzas, pueda andar sin caer; y, tan extenuado vas que ni con la ayuda del Cirineo puedes tenerte en pie con la Cruz.

¿Quieres decirnos con eso, Jesús, que no bastamos nosotras ante Ti para sufrir por los pecadores...? ¿Qué son ellos más, y que hay más inmundicia que pureza en el mundo...? ¿O quieres decirnos, que no somos tan fieles en servirte, como ellos en maltratarte, y vencen ellos, porque nosotras les ayudamos?

Levántate, Jesús, de nuevo, que nosotras te prometemos multiplicar nuestros esfuerzos para vencer a tus enemigos y servirte con una fidelidad a toda prueba, para que no tengas que volverá caer por nuestras culpas.

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

8ª ESTACIÓN

Jesús consuela a las piadosas mujeres

Adorámote, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Conmovidas unas pobres mujeres al ver a Jesús de esa manera, lloran a su paso. Jesús les dice: «No lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos».

¡Jesús mío, quiero aprovechar esta lección!

Acaso pienso en tus dolores, sin fijarme en que yo soy la causa de ellos; acaso, escudándome en mi condición de aliada, me creo inmune de culpa y lloro por los pecados de los demás, olvidándome de los míos.

_ Tu voz, Jesús, me ha despertado. Voy a llorar por Ti, porque me conmueven tus dolores; pero voy a llorar antes, y a sufrir en reparación de mis pecados que así te han puesto... Voy a reparar por los pecados de los demás: pero antes voy a trabajar, a llorar y a sufrir, por conservar, puro y santo, mi pobre corazón.

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

9ª ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez.

Adorámote, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Jesús mío, tanto amas la cruz que, aunque tres veces te ha derribado en tierra, no la dejas y sigues abrazado amorosamente a ella.

¿Por qué la amas tanto? ¡Esa cruz somos nosotras y a nosotras, aunque tanto te hicimos sufrir, nos amas!

Y yo, Jesús mío, que tantas veces te juré fidelidad y amor, que tantas veces me consagré a Ti, ¿tendré valor para verte caído otra vez, en tierra, y no cejar en mi vida de frialdad y de tibieza, fatales caídas mía que dan contigo en tierra...?

Jesús mío, no quiero ser más tu cruz, no quiero que por mí caigas más; quiero que el ver cómo me amas sea motivo y ejemplo para comprender cómo debo amarte.

Sí, me levantaré de la tierra, de una vez y para siempre, pero como Tú, mi Jesús, para no volver a caer.

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

10ª ESTACIÓN

Los judíos desnudan a Jesús

Adorámote, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Arrancan a Jesús despiadadamente sus vestiduras, volviendo a recrudecer sus heridas y, llevándose juntamente, trozos de piel.

¡Qué horror! Pero, con ser mucho ese dolor, más le dolió verse vergonzosamente desnudo ante una inmensa multitud. ¡Esa era, Jesús mío, la reparación que habías de dar por las desnudeces, el lujo, la frivolidad y la impureza de tantos y de tantas...!

¡Fruto de aquel sacrificio somos nosotras, Jesús mío, que nos agrupamos en torno de la bandera de la pureza, para trabajar por conservarnos puras y arrancar al mundo las víctimas de la impureza!

¡Danos, Jesús, la alegría de poder resarcirte de aquella triste vergüenza, cubriéndote de azucenas!

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

11ª ESTACIÓN

Jesús clavado en la cruz

Adorámote, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

¡Qué martirio más horrendo! ¡Con qué sangre fría dan fuertes martillazos, para clavar las manos y los pies de Jesús! ¡Rompen nervios y venas rasgan carne... ¡No importa! ¡Es la Víctima derrotada! Después, dejan caer pesadamente la cruz en el agujero, sacudiendo horriblemente el cuerpo de Jesús. ¡Pobre Jesús!

¡Señor! Juré seguirte siempre hasta la crucifixión y el martirio. Si algún día te hubiera de ser infiel, si algún día hubiera de apartarme de Ti, o mis manos y mis pies y mi corazón quisieran lanzarse al pecado, ¡clávalos sin miedo contigo en la cruz! ¡Atraviésalos contigo!, ¡cóselos con hilos irrompibles a la cruz, aunque fuera preciso hacerlo hasta en el cuerpo! Antes quiero ver mis manos, mis pies y mi corazón chorreando sangre, que pecando e hiriéndote a Ti, mi Jesús... Que fueron muy duro aquellos martillazos, y aún están resonando en mi corazón.

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

12ª ESTACIÓN

Jesús muere en la cruz

Adorámote, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

¡Ha muerto Jesús! ¡Todo está consumado!

Ya nos has dado, Jesús, ¡la mayor prueba de amor, como dijiste, al dar la vida por nosotros! ¡Ye nos lo has dado todo, todo, y en ese todo entra algo que me conmueve hondamente! ¡tu Madre! Ya puedo, desde hoy, con pleno derecho llamarla así.

Y ¿no me conmueve, Jesús mío, verte muerto en esa cruz para darme vida, cuando era yo quien debía estar muerto ahí por TI...? ¿Qué valgo yo, para que mueras así por mí...? ¡Por mí! ¡Por mí has muerto...!

¡Oh Jesús! ¡Amor incomprendido! ¡Amor ultrajado! ¡Amor maltratado! ¡Amor olvidado! ¡Amor no correspondido! ¡Amor loco por el hombre!

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

13ª ESTACIÓN

El cuerpo de Jesús en brazos de María

Adorámoste, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

¡Madre mía! ¡Has pasado los más' crueles dolores en este camino doloroso! ¡Has estado junto a la cruz EN PIE, presenciando el martirio de tu Hijo, para enseñarme a sufrir!

Ahora te queda un nuevo dolor: Tienes a tu Hijo muerto en tus brazos. ¡Qué fácilmente se dice que una Madre como Tú, tiene, muerto y deshecho entre *sus* brazos, a su Hijo-Dios!

Quiero, Madre mía, ayudarte a sostenerlo, ya que también ayudé a matarlo. Quiero recibirle en mis brazos, para poder contemplar de cerca mi obra, y quiero hacerla junto a Ti, para ver cómo Tú sufres; para ver si, tocando de cerca el cuerpo exánime de Jesús con *sus* brazos caídos y contemplando tus lágrimas que se deslizan en silencio, me convenzo plenamente de lo que soy, palpo el fruto de mis pecados y me lanzo de una vez por el camino de la virtud.

Pero Tú, Madre, no llores, o, al menos, déjame que te acompañe en tu llanto. Que yo 'sepa llorar las lágrimas redentoras.

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

14ª ESTACIÓN

El cuerpo de Jesús en la sepultura

Adorámoste, Cristo, y bendecimoste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo.

Han recogido el cuerpo de Jesús y le han puesto en el sepulcro. A su lado, María llora ya, desconsolada, su soledad. ¡Madre mía! no estás sola; no podemos suplir a tu Hijo, pero podemos acompañarte y endulzar tu soledad con la promesa, con el juramento de no olvidar tus dolores y los de tu Hijo.

Y Tú, Jesús, encerrado en el sepulcro, haznos, cuando resucites, un sepulcro en nuestro corazón, donde VIVAMOS perpetuamente sepultados para el mundo; o mejor, haz que ese monumento nuevo, donde a Ti te encerraron, sea, Jesús mío, tu propio corazón. Allí, encerradas para siempre, gozando del fruto de - tu pasión y tus dolores; allí, inaccesibles a los ataques del mundo, esperamos, como Tú, nuestra resurrección gloriosa a la otra vida, allí, muertas para el mundo, pero viviendo nuestra vida escondida con Cristo en Dios, y sin salir de allí más que para dar el salto que nos lleve a la vida eterna.

Padre nuestro... Señor, pequé, tened misericordia de mí y de todos los pecadores.

Oración final

Gracias, Jesús, por el gran beneficio que me has hecho, ¡dejándome acompañarte en tu camino doloroso!

¡Qué sublimes lecciones de amor hemos aprendido! Que no sean en vano, Jesús mío.

Quiero guardar y llevar siempre sobre mi pecho tu Crucifijo, como recuerdo de tus dolores y de tus amores. Si alguna vez quisiera ofenderte recuérdame tu camino doloroso para que me decida a vencer; que yo sepa luchar y morir por Ti, como Tú has sabido luchar y morir por mí; y que conserve y mantenga por amor tuyo, porque así Tú lo quieres y en recuerdo de tu Pasión y Muerte, mi lema de «Virgen en la Pureza, Mártir en el Sacrificio y Serafín en el Amor».

(Padre nuestro, Ave María y Gloria por las intenciones del Sumo Pontífice para ganar las indulgencias.)